

No he vuelto a saber cosa alguna de Zé-
lo, pero que se ha ido a la guerra.
Porque la villa se dio a que dio fue-
ra a un estado del pueblo de motivo para
dejarlo.
Tampoco se que habrá sido de Juan. Es
probable que haya llegado a general.



EL PRIMER AMOR.



DEDICATORIA.

A TI, respetable matrona, á quien suelo encontrar por esas calles rodeada de chiquillos de todas edades y tamaños, y seguida por una ó dos nodrizas que lleban en brazos, entre encajes y cintas, á los frutos de tus inocentes cuanto fecundos amores; - á tí dedico esta verídica historia, olorosa á tomillo. Encontrarás en ella reminiscencias de acontecimientos que te atañen, y que de seguro habrás olvidado. También tú, seria y robusta señora, has sido heroína de novela, aunque te sorprenda oírlo decir, y por más que lo reputen imposible cuantos al presente te conozcan.

Dejo á cargo de mi pluma la demostración de esta verdad sospechosa, y consiento se diga que, considerada desde este pun-

to de vista, pertenece mi narración al género maravilloso. Quizás logre hacer surgir esta lectura ante tus ojos, en medio de la gresca infantil que te rodea, la imagen de aquel amor que fué para los dos el primero, y quizás al recorrer estas sencillas páginas, dediques algún suspiro ó una lágrima furtiva á la lejana y poética alborada de nuestra existencia. Tal ovación sería digna de la pureza de ese recuerdo, y me dejaría satisfecho, si no por tí, que no eres ya más que una sombra del pasado, sí por el encanto y el prestigio de esa dulce memoria.

Ojalá mi pobre dedicatoria despierte algún interés en tu corazón lleno de cuidados domésticos; ojalá te convide á leer con benevolencia los siguientes renglones. Si tienen algún encanto, á tí te lo deben; pues brillan en ellos como el sol en el cielo de la mañana.



II

LA TEMPORADA.

COMO los hijos de Jair, juez de Israel que eran cuarenta y montaban otras tantas asnas; como el ventrudo, prosaico, y taimado Sancho Panza, que acompañaba á Don Quijote en todas sus aventuras, á horcajadas sobre un rucio; como los pashás egipcios, que se pasean gallardamente por las calles del Cairo oprimiendo los lomos de mansos borricos, así salí de Guadalajara, caballero sobre una bestia de tan pacífico linaje, una tarde á la caída del sol, no hace muchos años todavía, con dirección á la vecina villa de S. Pedro.

Comenzaba la estación de aguas, época destinada por los metódicos habitantes de Guadalajara desde la antigüedad más remoto, á veranear en dicho pueblo; y, siguiendo la corriente de la costumbre, deliberó mi familia pasar los meses de rigor en aquel lugar de placeres. Resuelto el punto y ajustado el contrato de arrendamiento con el rico propietario de una casa cómoda y bien situada, se puso mano á la obra. Apercibióse una amplia carreta para colocar en ella toda la máquina de cosas indispensables al servicio doméstico: camas, mesas, sillas, cajas, colchones, cazos, cacerolas, etc. etc.; lo que se hizo de la mejor manera que se pudo. Todavía recuerdo, como si les viera, los rollos que formaban los colchones, envueltos en alfombras, tapetes ó frazadas, y atados con cuerdas, en lo más alto del tosco vehículo; la triste figura que hacían las mesas volcadas y con los pies hacia arriba; y cuán fea y tiznada se miraba la batería á medio uso de la cocina, esa gloriosa batería que en lugar de hacer fuego, le recibe, y en lugar de matar, sustenta y vivifica. Si mi memoria no es infiel, puedo asegurar que coronaba aquel edificio

de muebles, ropas y utensilios, un perico en su blanca jaula de hojalata, que iba afianzada sólidamente á los últimos colchones de la cúspide. Asustado el pobre animal por lo extraordinario del caso, chillaba con voz estridente, soltando de cuando en cuando las frases acostumbradas: *¿periquito, eres casado?* y otras por el estilo, pronunciadas con la voz ronca y cascada peculiar á su especie.

A la entrada de la carreta se había dejado un estrecho sitio desocupado, donde tomaron asiento las criadas radiantes de placer. Reían estrepitosamente por cualquier motivo, charlaban en voz alta, y los duros tumbos del vehículo hacíanlas prorrumpir en agudas exclamaciones, que indicaban mayor satisfacción que pena por el aporreo. Cuando el carretero —indio chato, trigüeño y lampiño, vestido con camisa de manta, calzones de idem arremangados en gruesos rollos hasta los muslos y sombrero de palma —empuñó la garrocha y dió el primer puyazo á los bueyes, el júbilo de aquellas mujeres llegó á su colmo. Gimió la grosera máquina, fatigada por lo excesivo del peso, bamboleó como si fuesen á romperse

los barrotes que la formaban, y comenzó la torpe marcha con tardo y duro rodar sobre el empedrado. Las ruedas imperfectas y gastadas por el uso, giraban con trabajo desigual. Al subir sobre las partes salientes se detenían y daban la vuelta con suma lentitud; una vez vencido el obstáculo, se despeñaban velozmente hacia sus partes deprimidas, á semejanza de un cojo que se alza sobre un pie y se desploma sobre el otro en desapacible alternativa.

Entretanto yo, que contaba diez y seis años en aquella sazón, habiéndome negado á hacer el corto viaje en coche con mi familia, había preferido realizarlo en burro, en compañía de varios amigos y primos míos, que se reunieron en mi casa con este propósito. Formamos de esta suerte una alegre y ruidosa comitiva, que servía de grotesca escolta á la carreta, y que llamaba la atención de los transeuntes.

La parte menos divertida del viaje fué la de la ciudad que hubimos de recorrer hasta llegar á la garita. Cruzamos la alameda; seguimos por el paseo hasta la plaza de San Fernando—hoy convertida en estación de los tranvías--; nos detuvimos ante la fuen-

te de los compadres—así llamada, según la tradición, en memoria de dos parientes espirituales que tiernamente se amaron á pesar del parentesco, y fueron en castigo trocados en estatuas de piedra—; pasamos el puente de Medrano, echando una mirada al palacio que se erigió cuando la fundacion de la ciudad, convertido hoy en casa de vecindad; seguimos por el boulevard Gambetta, por la calle de Catalán, y llegamos al fin á la puerta de la ciudad, que nos pareció *porta cæli*, según la alegría que nos produjo. Allí comenzaba el camino de San Pedro, de ese pueblo que es encantador á pesar de no tener ninguna belleza. Al pasar bajo los arcos aduanales—que se nos antojaban de triunfo como los de Tito ó Séptimo Severo—; al ver el recto camino, que se cuelga á la mitad de su longitud para tornar á elevarse á su otro extremo, como un inmenso columpio; al descubrir las tres calles que formaban la antigua carretera, embellecidas por cuarto hermosísimas hileras de copudos y verdes fresnos: no pudimos resistir mayor tiempo, sobrepúsose nuestro entusiasmo á toda moderación y compostura, y nos dimos á galopar sobre nuestras pa-

cíficas cabalgaduras, empleando á las veces el palo, á las veces el cosquilleo de las ancas —que da buenos resultados, y tiene por nombre técnico en el *sport* usual, *hacer pelillos*—, ó bien ambos estímulos reunidos, que son más elocuentes. Los burreros nos seguían de cerca jadeantes y mal humorados, recomendándonos que no diésemos tan severas palizas á sus animales; pero no hacíamos aprecio alguno de sus ruegos ó gruñidos, impotentes para reprimir los poderosos impulsos de nuestro entusiasmo. ¡Qué carreras, qué gritos y qué risotadas! La extensa carretera resonaba con nuestras voces, y se obscurecía con el polvo que levantaban nuestros escarceos. A menudo sucedía que algún compañero poco diestro para guardar el equilibrio y no hallando como tenerse sobre el ancho y redondo aparejo, venía al suelo alegremente, en medio del regocijo general. Seguía el burro trotando ó corriendo, y el jinete derribado iba en pos de él buen trecho sin lograr alcanzarle, porque la alegre comparsa apaleaba de propósito al animal para que burlase la persecución de su jinete.

Las criadas radiaban también de conten-

to. Dábanle salida, á no poder más, por la gangosa garganta, de donde lanzaban con bríos de aduar canciones semibárbaras. Chillaban como chicharras, echaban la voz por la nariz como sacristanes y desafinaban como cencerros. A esto se agregaba que las sacudidas de la carreta obligábanlas con frecuencia á dar descompasados gritos, sofocados á las veces, agudos otras, de suerte que el coro era un guirigay, un pleito de perros y gatos. Pero esto ¡qué importa! Cada cual expresa su satisfacción como Dios le da á entender. ¿No relinchan los caballos? ¿no rebuznan los burros? Y no obstante, son éstos los acentos de su alegría. ¡Quién ha dicho nunca que el contento ha de manifestarse por grupetos sacados del Método de canto de Eslava! Si tratamos de reducir á las reglas de nuestra pobre música, no digo á los pericos y á las chachalacas, sino aun á los mismos canarios ¡cuánto vamos á que sale derrotada su filarmónica! Por fortuna la naturaleza es romántica, y se burla de los clásicos. ¿Dónde están sus reglas, cuál es su manual, quién conoce su pauta? Es sublimemente desacorde, como *Hernani* ó *El rey se divierte*. Los cerros

no tienen figura simétrica, las barrancas se abren en forma caprichosa, los ríos no siguen líneas rectas, ni curvas perfectas en su curso, el mar da tumbos de bestia salvaje, y corta sus costas sin preocuparse maldiva la cosa por la geometría. ¿Qué cosa más desacorde que una pajarera? ¿cuándo se ha oído un coro de golondrinas al unísono? Así, pues, la gran naturaleza, irregular, pero majestuosa y respetable siempre, hallaba manifestación en los gritos de aquella servidumbre femenina, la cual, sin saberlo, era en esos momentos el órgano misterioso por donde vibraba la voz de la vida, como la orilla de los estanques, donde cantan las ranas, y el interior de los corrales donde grita el alborotado gallinero.

En medio de tales expansiones y juegos, llegamos al obscurecer al término de nuestro viaje, armando tal ruido y algarabía, que los curiosos habitantes de la alegre villa salían á puertas y ventanas para ver nuestro desfile. Así atravesamos triunfalmente todo el pueblo, estremando á nuestro tránsito por las calles, los que íbamos en burro nuestros escarceos y travesuras, y las de la carreta sus cantos destemplados,

Hallábase la casa donde se instaló mi familia, no lejos de la plaza principal, hacia el oriente. Mucho distaba de ser un palacio. Apenas comenzada á fabricar, no tenía más construcción que la externa, ó sea una serie de aposentos á la calle, y todo el resto vano y en espectante disponibilidad; á modo de cascarón hueco, sin más que la contra que limita su claustro. Esa misma vacuidad, empero, comunicábale el encanto propio del caso, porque todo el espacio libre había sido empleado interinariamente en la formación de un vasto jardín de no escaso atractivo. Al frente destacábase una fuente de hierro con hermosos surtidores; á la izquierda un ruidoso grupo de plátanos; á la derecha erguíanse algunas araucarias; y en el fondo levantábase la masa verdinegra de un poblado bosque de cedros del Líbano, en medio del cual ostentaba su linfa reluciente un amplio baño, alimentado por un grueso chorro estrepitoso. El espacio intermedio entre estos puntos, que bien podrían llamarse cardinales, mirábase cubierto de flores de todas clases, desde las más soberbias hasta las más humildes, desde la gigantesca magnolia hasta la disminu-

ta violeta, desde la rosa de vívidos colores hasta la azucena pálida, emblema de la pureza.

En tales condiciones, déjase comprender que aquella casa en bosquejo distaba mucho de ofrecer las comodidades deseables. Las ventanas y puertas sin cristales tornaban irresoluble el problema de la comodidad: si en busca de aire y luz se abrían los batientes de madera, metíanse desencadenados los remolinos y las rachas en los aposentos, llevándose papeles, derribando pequeños objetos y cubriéndolo todo de una espesa capa de polvo; si por evitar el inconveniente se cerraban los batientes, faltaba la ventilación y se oscurecían los aposentos como calabozos de criminales. Pero estos tropiezos eran *peccata minuta*: ya se sabe que se va á San Pedro á vivir incómodamente; que se deja la buena casa de Guadalajara con alegría por ocupar una pocilga en la villa; que se llevan pocos muebles á la temporada, y se cuida de que sean los más viejos y feos de que se puede disponer; que llegada la ocasión, ante nada se retrocede, durmiendo, cuando hay huéspedes, en colchones tirados por el suelo, ó

en canapés sin colchón; que se ponen camas en la sala, y que se hace comedor en los corredores, sin pena alguna por ello, ni cortedad con las visitas, ni sufrimiento por la estrechez en que se vive. Todo se sufre con calma y regocijo, en siendo trabajos de San Pedro, pues sólo una cosa es necesaria: pasar la temporada en ese pueblo, como se pueda, ya salga lo que salga. Conseguido el objeto principal, lo demás es lo de menos, como decía un amigo mío.

Nuestra casa, aparte de sus imperfecciones, tenía al menos la ventaja de ostentar el hermoso jardín bosquejado; lo que era suficiente para indemnizarnos de los inconvenientes de las habitaciones. Por lo que hace á mí, sé decir que sería capaz de dormir en la rama de un árbol como un mono, por gozar los encantos de la naturaleza.

En la puerta de mi casa se despidió la comitiva. Mis amigos y primos continuaron armando la misma gresca por otras calles donde fueron á buscar sus habitaciones; entanto que en el zaguán de la mía se desempeñaba la delicada labor de descargar la carreta. La servidumbre hizo la faena con gran presteza y buena voluntad, cosa inau-

dita en esos séres displiscentes y tardos en asuntos relativos al servicio. Es que en el ánimo les rebosaba la satisfacción de hallarse en aquel lugar; cosa mágica y por todo extremo dichosa.

Visitado el interior de la casa, volví á la puerta de entrada por orden superior á vigilar la maniobra. Consagrado á tan delicadas funciones me encontraba, cuando advertí que, á través de una ventana de la casa contigua, me atisbaban dos ojazos azules. Fijé la atención y reconocí á Lola Espino, encantadora criatura ante cuya belleza había permanecido como alelado varias veces en Guadalajara. Era rica, de mi edad ó acaso un poco mayoreita, grave y elegante; así que tal conjunto de circunstancias ejercía en mí una inexplicable acción paralizante, parecida á una inmensa sorpresa ó á un gran susto.

Siempre que la veía poníame colorado, latíame el corazón con gran fuerza, se me enfriaban las manos y me tornaba torpe de inteligencia y movimientos. Recuerdo que en tales casos no sabía qué hacer con las manos, que perdía el compás de la marcha, y que sentía contradictorios y poderosos

impulsos de echarme á correr huyendo del conflicto, y de no apartarme del sitio para continuar en aquel potro; deirme y de quedarme, de verla y de no verla, de que me viera y de que no me viera, pues su mirada me causaba tan gran sobresalto como placer inexplicable y misterioso.

Ahora la suerte nos había hecho vivir en casas vecinas, y sobrarían las ocasiones de mirarla. Esta consideración me llenaba de tanta alegría como pánico. ¿Cómo andaría gallardamente delante de ella? ¿qué traje de mi escaso guardarropa me pondría para no parecerle mal vestido? ¿pasaría delante de su casa cuando saliese de la mía ó volviese á ella, ó daría vuelta por la esquina, aunque tuviera que rodear un poco? Sentía que me faltaba el ánimo para todo, á la vez que amaba el peligro; como Enrique IV, quien temblando como azogado en sus primeras campañas, caminaba á la cabeza de sus tropas.

Verla y pensar esta máquina de cosas, fué obra de un solo momento, como si la locura se hubiese apoderado de mí súbitamente, excitando mi cerebro y obligándome á trabajar vertiginosamente con el pen-

samiento y con la imaginación. Pero ¿cómo no había de producir tal efecto aquella visión encantadora? Era Lola blanca, con la blancura de la nieve alpina y tenía los colores de las rosas de Jericó en las mejillas. Su tersa frente de forma artística, ostentábase hermosea por la cabellera más rubia, rizada y abundante que se haya visto en el mundo. Conocedora de esta riqueza, hacía ella con sus cabellos todo género de combinaciones: peinábalos en crenchas negligentes que caían por sus hombros como una lluvia de oro, ó bien los ataba sobre la cabeza en gracioso nudo como el de la Venus Capitolina, ó bien los colocaba en torno de la frente como diadema regia, dando á su fisonomía un encanto avasallador. Sus grandes ojos de un azul profundo y marino, resplandecían sombreados por luengas y rizadas pestañas que los tornaban poéticos y soñadores, como los de Ofelia, y eran de una limpidez inmaculada. Sus mejillas de contorno purísimo mostraban graciosos hoyuelos siempre que la risa, como ráfaga de sol, las iluminaba. Nariz fina y recta daba á su fisonomía perfil numismático; y su pequeña boca roja y fresca, infantil por su

gracia, semejaba rica joya de rubíes y preciosas perlas.

Tenía su acento timbre argentino y apasionadas inflexiones que llegaban al alma. En cuanto se le oía, sumíase el espíritu en celestiales arrobos y llenábase el corazón de emociones arcanas y sabrosas languideces; era la voz de la juventud entonando al oído el himno risueño y misterioso de las ilusiones y de la vida.

Su cuerpo, dechado de gracias esculturales, hubiera sido capaz de dar dolores de cabeza á la misma Venus de Gnido. Alta y esbelta, tenía toda la delicadeza y toda la fuerza de la verdadera hermosura en pleno y exuberante desarrollo. Su leve cintura cimbradora como el tallo de una palmera contrastaba armoniosamente con las líneas de su busto ateniense, digno del peplo de las antiguas canéforas. Al deslizarse por el suelo su breve planta, parecía marcar el ritmo de un canto amoroso; y calzada con la sandalia clásica, hubiera podido ser pintada con delicia por Apeles ó esculpida por Fidias en algún tímpano del Partenón.

Su andar, á la vez marcha triunfal y tránsito de maga, parecía ya carrera de niña ju-

guetona, ya paso dominador de reina soberbia. Tenía su cabeza movimientos de gracia y fiereza arrobadores, cuya observación me causaba espanto, y despertaba en mí deseos insensatos de doblegar tanta altivez, y de hacer mío aquel tesoro de ritmo y gallardía.

Noto que he pecado de difuso al trazar el bosquejo; pero merezco perdón del lector bondadoso. Lola es para mí en esa lejana perspectiva, el blanco fantasma de mis sueños, la musa de mi adolescencia, el risueño y primer ideal de mi espíritu.

Ruborizado de que tan hermosa joven me viese consagrado á tan grosero ministerio, no me ocupé ya de la carreta, ni del mobiliario, ni de cosa alguna que no fuese contemplarla con toda devoción. No por eso se recató ella, ni desapareció de su sitio como llegué á temerlo, sino que antes bien sufrió sin pestañar las descargas eléctricas que le enviaban mis ojos, clavando en mí las miradas de sus diáfanas pupilas.

Presa de tanto júbilo como asombro parecíame soñar. Nunca me había favorecido con sus miradas aquella joven hermosa y, por mi parte, aunque me sintiese atraído hacia

ella con imán poderoso, habíala visto como un imposible, y no había llegado á manifestarla mis afectuosas inclinaciones. Cercada de adoradores guapos, ricos y elegantes, no sé bien si por modestia ó por amor propio, había huido cuidadosamente de ponerme á discusión y de sufrir una derrota que me hubiera sido harto dolorosa. La voz pública, por otra parte, hablaba muy alto en favor del recato y discreción de Lola; de suerte que no podía atribuir su favorable acogida á lijereza y vana coquetería.

No cabía más explicación que admitir hubiese en su corazón alguna simpatía naciente hacia mí; pero esto me parecía mentira, no me sentía digno de tanta felicidad, me eacontraba muy pequeño para ser objeto de una dicha tan grande. En medio de mi aturdimiento, dominábanme la idea de mi insuficiencia, á la vez que el deseo vehementísimo de convertirme en favorito del ciego destino. ¡Tantos y tantos andan por ahí cargados de las dichas de la tierra, sin mérito alguno, como militares llenos de galones y de cruces, pero sin un solo hecho memorable en su virgen hoja de servicios!

Así entre conjeturas, dudas, esperanzas

y palpitaciones de corazón, pasé el resto de la tarde sin apartar los ojos de la ventana, hasta que cayó el crepúsculo é invadieron el cielo las sombras de la noche.

II.

EL ASEDIO.

Sólo quien sienta las emociones amorosas por primera vez, podrá darse cuenta de lo que pasó por mí aquellos inolvidables días en que la vecindad de Lola hizo nacer en mi espíritu una nueva idea y un anhelo desconocido. A pesar de la poderosa atracción que me arrastraba hacia la hermosa joven, no me hubiera atrevido á acercármele y á pretender una dulce correspondencia, si no hubiera sido por que ella me alentaba con blandas miradas, atentos saludos y graciosas sonrisas.

Siempre he creído que las mujeres son responsables de que se las corteje. Frecuentemente se les oye decir que las fastidian con sus impertinencias uno ú otro galán, y que no aciertan á explicarse su atrevimien-

to; pero no hay que dar crédito á sus palabras. Es verdad que ellas no rondan las casas de los jóvenes, ni son las primeras en mandarles esquelas perfumadas, ni les arrojan ramos de flores á sus balcones, ni les llevan lucidas serenatas; pero no es menos cierto también, que emplean para atraérseles una táctica infalible, aunque poco visible y nada ruidosa. ¿Por qué se las quiere? ¿por qué se las persigue? Porque sus ojos saben lanzar rayos simpáticos y consoladores, porque conocen el secreto de decir con la mirada: “usted me agrada y le distingo entre la turba que me rodea”; ó bien: “á pesar de todo, le quiero”; ó bien: “soy víctima de una tiranía odiosa que me impide seguir los impulsos naturales de mi corazón”. Atraídos por aquellas corrientes magnéticas, se lanzan tras ellas los corazones palpitantes de esperanza, y se nubla la razón, se debilita la voluntad y se cae tal vez en el abismo regocijado de la ridiculez. Todos se ríen del pobre loco que vive de la adoración de una beldad insensible; pero si sorprendiesen algunas ojeadas rápidas de la diosa, hallarían la clave de aquel secreto cómico que tanto divierte á los desocupados.

Así yo, aunque naturalmente irresoluto, seguí adelantando sin darme cuenta de ello por aquel sendero de flores, conducido por las estrellas de sus ojos, hasta el punto de causarme asombro á mí propio, tanto arrojo y osadía tan inaudita.

Todas las mañanas á las siete pasaba delante de sus ventanas para ir á tomar el *guallín*, ómnibus destartalado en que hacía el viaje á Guadalajara para asistir á las clases del colegio. Lola me esperaba en la ventana. Decíala adiós sonrojándome, y ella me contestaba con deliciosa amabilidad; y, en tanto que no llegaba yo á la plaza y subía al vehículo, iba volteando la cara para verla. Ella con la frente apoyada en las rejas me seguía tenazmente con la mirada. Seguro estaba asimismo, de hallarla de nuevo en el propio sitio, á mi regreso á la villa, á la una de la tarde; volvía entonces á saludarla, y á cosechar sus sonrisas.

La parte más importante de este prólogo delicioso, pasaba por las tardes. Iba ella en compañía de su madre y de algunas amigas á pasear al camino de Guadalajara, á las veces en burro, otras en carreta, y las más á pie. Lanzábame yo en su seguimiento, á

manera de sombra, con grave disgusto de la autora de sus días, que me lanzaba miradas furiosas. Lola no perdía ocasión de voltear á mirarme. Aprovechaba mil oportunidades para volver la cara hacia mi; ora una conversación con las amigas que iban detrás, ora el ruido de un carruaje, ó bien la necesidad de asegurar alguna vacilante orquilla de su peinado. No pocas veces reprendíala la Sra. D^a Agustina, mi estimada madre política en ciernes; pero sus reprensiones no producían efecto durable. Nacía en ella una seriedad esencialmente pasajera, que me apenaba mucho, con todo; pero debilitada á poco la impresión de la reprimenda, tornaba á favorecerme con sus hechicerías y significativas miradas.

Vuelta del paseo, poníase á la ventana acompañada de alguna amiga ó de la Sra. D^a Agustina, en tanto que iba yo y venía sin descanso, como péndulo de reloj, por la acera de enfrente, y aun por la de su misma reja cuando desaparecía de la escena la estimable mamá. Dos enemigos igualmente temibles hallaba en mis dulces y pedestres evoluciones: uno estaba en su casa, y era D^a Agustina; el otro en la mía, y era mi

propia madre, que no quería verme haciendo locuras, como decía, ni recibía con buen talante que perdiera mi tiempo en aquellas empresas, cuando tanto lo necesitaba para mis estudios. Así que me veía precisado á sortear incesantemente los dos escollos, huyendo y ocultándome cuanto más me era posible, á las severas miradas de ambas señoras. Era cosa entendida asimismo, que Lola se recatara de mi madre, con tanta eficacia, como yo de la suya; lo que me ponía al abrigo de la ridiculez, y me permitía correr á todo mi sabor y desaparecer como por escotillón detrás de alguna esquina ó en algún zaguán abierto, siempre que la prudencia lo aconsejaba.

Así fuí haciendo notables progresos en el ánimo de la encantadora joven. Solía llevar conmigo algunos amigos para que me acompañaran á hacer la ronda vespertina, y para que presenciasen mi triunfo. Al principio se rieron de mí, cuando les confesé que cortejaba á aquella beldad celebrada; luego que se convencieron por sus propios ojos, de que me aceptaba la joven, cesó la burla, dando acaso lugar á un oculto despecho y á una secreta envidia.

—¿Le has declarado ya tu amor?—díjome en cierta ocasión uno de ellos.

—Todavía no.

—¿Pues qué esperas? ¿quieres que sea ella quien lo haga?

—No me atrevo; me da susto.

—Las mujeres no gustan de los hombres tímidos. Si observa que le tienes miedo, te pones en ridículo y eres perdido.

Hondo efecto me hicieron tales palabras, y comprendí que debía pasar el Rubicón de mi timidez para obtener la Roma de mis sueños,—sea dicho con permiso de Góngora y Argote. Por tanto, después de varios días de cavilar y corregir borradores, escribí por fin en papel finísimo, y encerré en diminuta cubierta sin dirección, la siguiente carta, reminiscencia de varios almanques según presumo, y escrita conforme al uso de la gente menuda y de mísera inventiva:

“LOLA:

“Desde el momento en que la ví, nació en mi corazón un sentimiento desconocido que ha ido creciendo día por día, y que hoy es ya

una *pasión irresistible*. La quiero con todo mi corazón, y no puedo vivir sin Ud. Quiera-me Ud., Lola, si desea que viva, porque moriré sin el amor de Ud., como las flores cuando no son vivificadas por la luz de los cielos. *Deme Ud. alguna esperanza. Un sí me hará el más feliz de los mortales, y un no el más desgraciado.*

“Quien de veras la quiere.”

Terminada la carta, resguárdela dentro de otros papeles para que no se maltratase, y púsela cuidadosamente en el bolsillo.

Pronto llegó el osbeurecer, hora propicia al gran paso amatorio que tenía preparado, y que decidiría de mi suerte, *haciéndome feliz ó desgraciado*. Rondé largo rato por las banquetas de ambas aceras, oprimiendo con mano convulsa la esquela dentro del bolsillo. Estaba sola mi amada y podía acercármele cuando quisiese; pero no me atrevía á ponerlo por obra. Cuando alcanzaba en mis paseos la esquina opuesta á su casa, formábame la resolución de llegar sin más preámbulo á la ventana, y entregar la car-

ta, pero á medida que me aproximaba al sitio donde ella me esperaba con la firmeza de un centinela frente al enemigo, flaqueábanme las piernas, tornábase dificultosa mi respiración, saltábame el corazón con violencia y olvidábame de mis propósitos. Y me decía: ya será á la otra vuelta; y llegada la otra vuelta, tampoco tenía resolución para hacerlo.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, y temeroso de que mi timidez diese al traste con la buena voluntad de la joven, me acerqué á la reja como el soldado que marcha á atacar la trinchera, y saqué la esquela con mano trémula. Sentí que la sangre huía de mi rostro, y que me temblaban las rodillas; pero sobreponiéndome á la emoción, dije con voz apenas perceptible y fauces secas:

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor, contestó Lola con voz baja y temblorosa.

Su turbación dióme algún ánimo. Los tímidos se ierguen y envalentonan ante los más tímidos.

—Señorita—proseguí con una vulgaridad que todavía me humilla—¿me hace Ud. favor de recibir esta carta?

Alargó la mano Lola por toda respuesta, y tomó el papel. A pesar de que era ya casi de noche, pude observar que aquella mano era de una forma aristocrática: blanca y larga, y con dedos afilados propios á tomar el punzón con que atizaban el fuego las antiguas vestales.

—Mil gracias, murmuré con acento débil.

Permanecí indeciso algunos momentos, y no sabiendo qué hacer, quitéme el sombrero con torpeza, y me despedí diciendo:

--Buenas tardes, señorita.

--Buenas tardes, señor, me contestó.

Y sin más hacer ni decir, me alejé, sintiendo que el corazón iba á salirseme del pecho. Lola dejó luego la ventana y cerró los cristales, probablemente para evitar ser sorprendida por la Sra. D^a Agustina, ó con el fin de leer mis mal escritos renglones.

III.

SE RINDE LA PLAZA.

Dos días después, á la hora de oscurecer —tácitamente convenida para nuestras expansiones amorosas— hízome Lola una seña

con su blanca mano, al través de las rejas, para que me acercase á la ventana. Corrí desalado, con la respiración anhelante y el corazón tocando á rebato, y me llegué á ella saludándola con lengua torpe. Diome por toda respuesta una carta pequeña, y se entró rápidamente en el aposento.

Parecíame que todo San Pedro oiría los latidos de mi corazón. Yo los oía con tanta claridad como si fuesen tañidos de campana; su golpe seco y vertiginoso se sobreponía á los demás sonidos que me rodeaban. Corrí á mi casa, pedí una luz, me encerré en mi cuarto con doble vuelta de llave, y eché mano á la dulce misiva. Decía así con candorosa simplicidad y delicioso abandono ortográfico:

“Señor

“Si sus sentimientos son *cinseros*, espero que me de *pruevas*. Cuando me las *halla* dado le *resolberé*. Su *serbidora*

Dolores.”

“—¡Pruebas!--me dije. ¿Qué pruebas? Lo más obvio sería mostrarle el corazón, y